

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The woman has long dark hair and is wearing a blue denim jacket over a white top and blue jeans. The man has short dark hair and is wearing a grey t-shirt and light blue jeans. They are standing in a park-like setting with many pink cherry blossom trees in the background. The scene is bathed in soft, natural light, suggesting a spring day. The overall mood is intimate and affectionate.

LA
Primavera
ENREDADA
Pelo
EN TU

HELENA PINÉN

Jed Trevelyan llevaba lejos de casa prácticamente una década. No había regresado desde que se vio obligado a dejar a su esposa e irse lejos. Desde entonces, su vida estaba estancada entre el pasado y el anhelo de un futuro, sin saber si podría regresar allí donde una vez fue feliz.

Por todos era sabido que Spring Kaley era un ave fénix que había resurgido de las cenizas. Había curado sus heridas y era dueña de un club nocturno. Era cierto que tenía amistades de reputación cuestionable y conducía una moto que bien podría ser un dragón. Era fuerte. Pero esa fortaleza se tambaleó cuando Jed Trevelyan regresó a Duncan... para recuperarla.

¿Iba a ser capaz de mantenerse alejada del hombre que la había dejado con una simple nota? ¿Podría su corazón permanecer intacto ante la presencia de Jed? ¿O se atrevería a darle una segunda oportunidad una vez supiera la verdad?

Índice de contenido

Cubierta

La primavera enredada en tu pelo

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo I

Epílogo II

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Para todos aquellos que creen en mí.

CAPÍTULO 1

Spring

9 de Mayo de 2010

Sonrió mientras se miraba en el espejo, los dedos peinándose el pelo. Había escogido una diadema de flores blancas y rosas para rematar el conjunto, haciendo así que su melena rubia con mechuras más oscuras le enmarcase el rostro.

Estaba *sexy*, pero desprendía un halo de ternura que desprendía felicidad y amor. Mucho amor.

Se levantó después de apagar las luces del tocador. La habitación del hotel era de estilo cabaré. Muchos dirían que era atrevido, sobre todo para una chica de dieciocho años inocente e ingenua. Pero a ella le encantaba. Le recordaba que estaba allí para romper las normas, para luchar por el hombre de su vida.

Salió casi al trote del dormitorio y bajó al vestíbulo, sin saber muy bien cómo caminar sobre esas sandalias de tacón alto. Solo se había arreglado tanto una vez, para la fiesta de graduación. Desde que abandonó el instituto no había vuelto a calzarse en unos zapatos altos ni había usado un vestido tan arrapado.

Se quedó sin aire al verle allí plantado, apoyado en una columna. Era guapísimo, siempre se lo había parecido. Llevaba enamorada de ese chico desde los doce años,

cuando habían chocado por accidente en el pasillo del instituto.

Había sido cruzar la mirada y los ojos de Spring se enredaron en los de Jed. Nunca más volvió a soltarlos. Durante años, se había ahogado, en secreto, millares de veces en esos pozos oscuros. En silencio había sostenido aquellos sentimientos tan puros, tan mágicos y tan excitantes, y los había guardado bajo llave, permitiéndose soñar imposibles en la oscuridad de la noche, bajo el cobijo de sus sábanas.

Menuda sorpresa la de Spring cuando él se le había declarado el pasado verano, después de graduarse en el instituto y ser aceptada en una importante universidad. Había sido como acoger los fuegos artificiales del Cuatro de Julio en el interior de su pecho: luz, fuego, felicidad, incredulidad.

Y ahora estaban en Las Vegas, esperando un taxi para ir a una capilla; él con una camisa blanca y unos pantalones oscuros, ella con un vestido blanco sin mangas.

Iba a convertirse en la señora de Jed Trevelyan.

E iba a hacerlo a espaldas de su familia.

Ese pensamiento agrió al punto su sentido del humor y se detuvo en medio del vestíbulo lleno de luces, carcajadas y felicidad. No se preguntó si estaba haciendo lo correcto, pues sabía que era así. Pero le dolió no poder compartir el momento con su familia, ni con la de Jed. Los Kaley y los Trevelyan se habían opuesto a su relación desde el principio y habían hecho lo imposible para separarlos, hasta el punto de que la pareja había decidido fingir que se detestaban. Mientras, se amaban en secreto, robándole horas a la noche, cuya oscuridad otorgaba un telón perfecto para ocultar la realidad.

Miró sus manos. En menos de una hora, tendría un anillo en el dedo y ya nada ni nadie podría separarlos.

No más escapadas de fin de semana sin que sus padres supieran realmente dónde y con quién estaban. No

más Navidades separados. No más noches sin la compañía del otro.

Caminó hacia él. Las piernas le temblaban como si se hubieran convertido en mantequilla fundida, el corazón golpeaba sus costillas con fuerza desmesurada.

Jed alzó los ojos en su dirección cuando una buena distancia todavía los separaba. Era curioso, cuando estaban cerca pero no se veían, una corriente eléctrica los sacudía. Les lamía la nuca y les avisaba de su presencia.

Sonrió con lentitud y sus ojos se humedecieron, señal de la emoción que le embargaba al verla vestida así. Spring no sabía mucho de sentimientos. Sin embargo, sí sabía que aquello que veía en la mirada de Jed era real y para toda la vida.

Él la tomó de la cintura mientras buscaba alguna palabra. No le salía la voz.

Spring se le adelantó, acariciándole la mejilla con los dedos.

—Estás muy guapo.

Él casi se rio, como si hubiera dicho una estupidez. Para ella, no lo era: no había hombre en el mundo que pudiera hacerle sombra a Jed.

—Estás tan... Dios mío, Spring —se llevó sus manos a la boca y besó sus nudillos, vibrando. Ella también se estremeció. Las emociones la desbordaron, se permitieron flaquear y florecer al ver que Jed tampoco hacía esfuerzos por controlar su ilusión—. Eres preciosa. Pero esta noche estás... radiante. Brillas con luz propia.

—Vamos a casarnos.

Jed asintió, mordiéndose el labio inferior. Ella deshizo el gesto poniéndose de puntillas para besarlo con suavidad en la boca.

—El taxi está fuera.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Spring, deshaciendo de mala gana el abrazo, si bien una gran sonrisa se dibujaba en su joven rostro.

CAPÍTULO 2

Spring

15 de Setiembre de 2010

–No puedes seguir así.

Spring se dio la vuelta, envolviéndose con la sábana. Se cubrió hasta la cabeza, esperando que su mejor amiga captase el mensaje y se marchase. Casi gritó cuando Lanie trató de quitarle de encima la ropa de cama. Spring se aferró a ella con tanta fuerza que, durante unos segundos, temió que se rajara con tantos tirones.

¿Por qué no podían dejarla tranquila? ¿Por qué nadie comprendía que necesitaba estar sola?

No quería levantarse. No tenía intención alguna de hacer algo de provecho aquel día... como llevaba haciendo mucho tiempo. Solo le importaba dormir. Durmiendo olvidaba el dolor, no había ninguna realidad que enfrentar.

Y el mundo de su subconsciente era un lugar agradable donde vivir. Los sueños eran dulces, contenían buenos recuerdos sin cabida a traiciones ni al desamor. Encerrada en aquellas vivencias llenas de felicidad, Spring no encontraba ese sufrimiento desgarrador que la esperaba ahí fuera.

Pero Lanie no iba a rendirse así como así. Se conocían de toda la vida: sus madres eran mejor amigas desde pequeñas y habían juntado a las niñas desde que nacieron,

con solo dos meses de diferencia. En nombre de esa amistad tan duradera y fuerte, Lanie se veía en la obligación de sacarla del lago de autocompasión en el que nadaba desde hacía más de tres meses.

No podía culparla, pensó mientras gruñía porque su amiga había descorrido las cortinas de su dormitorio y lo había inundado de luz que se colaba incluso a través de las sábanas.

Si fuera Lanie quien estuviera en ese estado tan deprimente, Spring posiblemente también actuaría así. Podía permitirle estar triste unas semanas, pero no dejaría que se hundiera en la miseria con tanta facilidad.

Quizá fue ese pensamiento tan adulto y coherente, que no sabía de dónde había salido, lo que la hizo apartar las sábanas y sentarse en la cama. Se frotó los ojos.

Lanie suspiró en su dirección, algo aliviada al ver que no iba a ponérselo tan difícil. Se suponía que eso era buena señal, ¿no? El primer paso para curar un mal era aceptar que se tenía que hacer algo al respecto.

—Han pasado tres meses —le informó, como si Spring no contase los días que hacía que estaba así, tan triste y sola—. Te he dado tiempo suficiente como para que tú misma te des cuenta de que no puedes seguir así.

—No estoy bien, Lanie.

—Lo sé. Has tocado fondo.

Spring intentó arreglarse el pelo, estaba tan enredado que meterle el cepillo sería imposible. Se le llenaron los ojos de lágrimas ante el pensamiento de que se encontraba en un estado lamentable. Era la primera vez que se daba cuenta de que no era más que un espectro.

—Eso creo...

Su mejor amiga cerró la puerta al verla arrugar la nariz. El olor a café recién hecho trepaba de la cocina hasta el piso superior y a ambas parecía molestarle. Se apoyó en la hoja y cruzó los brazos mientras la recorría con la mirada.

—Das pena. ¿Lo sabías?

Otros creerían que Lanie estaba siendo muy dura con ella. Esas tres palabras encerraban una acusación horrible. Pero para Spring, su amiga estaba siendo delicada en exceso. Estaba hecha un desastre. Un tono de voz tan calmado no era lo que más se merecía en esos momentos por haberse abandonado hasta ese punto.

Spring hizo acopio de todas sus fuerzas para levantarse y mirarse en el espejo de pie que su madre le había regalado al cumplir catorce años. Se inspeccionó durante unos momentos. El pijama le quedaba grande. Había perdido varios kilos pues apenas comía. Su madre la forzaba a tomar sopa y muchas tazas de té, porque era lo único que su cuerpo aceptaba sin vomitar. Su pelo estaba sucio y lleno de nudos, incluso su piel lucía amarillenta y no olía demasiado bien. Le costaba un mundo arrastrarse hasta la bañera.

—¿Puedes... abrir las ventanas?

Lanie desfrunció el ceño y obedeció mientras le aseguraba que hacía un día precioso y que debería salir a dar un paseo. El aire caliente de los últimos coletazos del verano golpeó el dormitorio, pero empezó a llevarse el ambiente viciado.

Spring siempre había sido ordenada, una niña ejemplar. Al fin y al cabo, era la hija del alcalde. Todo Duncan, que apenas contaba con setecientos habitantes, la tenía en el punto de mira, y siempre se había comportado acorde con el estatus de su familia. Por eso se había casado en Las Vegas, cometiendo una locura. Había estado cansada de oír habladurías y seguir las normas de los Kaley y sus malditos votantes. Era joven, era una persona ajena a la profesión de su padre, creía tener derecho a vivir como quisiera. A amar a quien quisiera.

Sin embargo, de querer ser normal y corriente y tener sentimientos como cualquier humano, a olvidarse del agua y del jabón había un abismo imperdonable.

–¿Cuánto hace que no te metes en la ducha? –Lanie la deó la cabeza–. Ven conmigo.

Spring no dudó y tomó su mano. Una parte de su interior renegaba de ese intento de echar a volar otra vez, pero el cerebro de Spring le pedía a gritos que se recuperase a sí misma.

Se dejó llevar hasta el cuarto de baño y se murió de vergüenza cuando su amiga le quitó la ropa. Nunca le había importado cambiarse delante de Lanie, incluso cuando se ponían el bikini, pero sabía que estaba en los huesos. Su amiga no le reprochó nada, solo chasqueó la lengua mientras encendía el agua de la bañera.

–Creo que esto te irá mejor que una ducha.

La obligó a meterse en ella y tras medio bote de acondicionador en seco, consiguió desenredarle el pelo.

–Es que no entiendo qué pudo pasar, Lanie. –Movía las manos alrededor de su cuerpo, adueñándose de la espuma y viendo cómo caía de nuevo al agua, como si fuese arena que regresa a la playa después de escurrírsele entre los dedos–. Estábamos bien. Teníamos alguna pequeña discusión por nuestros padres, pero teníamos claro que queríamos luchar para ser felices. Los dos solos. Sin que nadie viviera nuestra vida.

–Solo llevabais dos semanas casados y tu padre es el alcalde –rumió Lanie mientras le peinaba el pelo mojado, al cual acababa de lavar y acondicionar con paciencia–. ¿Y si se agobió?

–¿Lo defiendes?

La salpicó como castigo y Lanie bufó para apartarse un mechón mojado de la cara. No parecía molesta, pero a Spring le había hecho daño su comentario. Debería defenderla a ella. A muerte. No intentar hacerle ver que quizá había otra cara en la moneda y que tal vez esa cara no era tan malvada como creía.

Una lágrima brotó y murió en la bañera al lanzarse desde entre sus pestañas.

–Me duele que te haya roto el corazón, Spring. No dudes ni un momento que, si lo tuviera delante, le daría una buena bofetada por herir tus sentimientos –su solemnidad hizo que Spring reconociera a la Lanie de siempre en su voz–. Solo digo que somos muy jóvenes.

Pero ellos lo habían tenido claro. Les había dado igual la edad, la gente. Solo existían ellos dos cuando se miraban a los ojos, cuando se cogían de la mano, cuando se acariciaban bajo la ropa.

Tal vez ser amigos y desearse no había sido una buena base para el matrimonio. Para Spring había sido suficiente: ser capaz de hablar de todo, ser el apoyo del otro, desearse, echarse de menos... todo aquello había formado los cimientos de su amor por Jed.

¿Y si él se había dado cuenta de que había alguna pieza que no encajaba en el *puzzle* que formaban? ¿Y si necesitaba más y ella era incapaz de darle lo que ansiaba?

–Nos queríamos, Lanie. O eso creo –añadió en voz baja. Dudaba de Jed. Ya no sabía qué pensar. Tantos meses de ausencia habían empezado a confundirla, a alterar los recuerdos que conservaba–. Nos casamos en secreto porque sabíamos que nos presionarían por todos lados –se frotó la cara. Por más que pensase en qué alejó a Jed, Spring no lograba comprender qué motivos lo habían apartado de ella, del pueblo–. Puede que no aguantase. Puede que estar enemistados con su familia y la mía le pudiera, pero... –miró a su amiga sin esconder el dolor–. ¿Por qué no fue capaz de decírmelo a la cara?

Le había dejado tantos interrogantes que no dejaba de dar vueltas a todas aquellas preguntas que rondaban por su mente. Spring solo quería resolver sus dudas. Si Jed quería cerrar su libro, lo aceptaría, pero ella no podía pasar página sin saber por qué debía voltearla.

Las lágrimas se abrieron paso y se abrazó a Lanie, que la acunó contra su pecho sin importarle que una estuviera vestida y la otra no. La dejó llorar durante media hora, em-